a la hierba / los caracoles». Y aquí la lentitud, el sosiego, la audacia en la imagen.

Zapater conduce con mano maestra una lección de poesía encapsulada en pequeños capítulos de diecisiete sílabas: emoción métrica, sensación lírica, vislumbre estético con anclaje en la realidad más personal, aquello que pasa desapercibido, porque lo dicho en poesía, cuando nos llega, se convierte en descubrimiento para siempre. Y este libro celebra y consagra el instante: lo efímero e infinito al mismo tiempo. –JOAQUÍN FABRELLAS.

Juan Pablo Zapater, *Yodo en los labios*, Barcelona, La Garúa, 2026.

Descubrir el sentido del mundo

EL título, como debe ser, adelanta el contenido: sus dos sustantivos remiten a lo pequeño, a lo mínimo, a lo minúsculo. En un tejido, los hilos que entrecruzados lo sostienen son fundamentales. Si se apura aún más la mirada, llegamos a las *hebras* que los constituyen. Lo mismo sucede con el lenguaje. Cuando desmontamos la parafernalia retórica del lenguaje, quedan las palabras; y si insistimos un poco más en el desmantelamiento, las *sílabas*, las letras.

Hebras de sílabas es una invitación a viajar a lo cotidiano, a lo pequeño y aun a lo minúsculo. Desmenuzar el tejido de la realidad es necesario para entenderla. Deshacer las palabras con que será nombrada para conocer el material con que se contará es tarea imprescindible. José Luis Puerto insiste en su poética y este libro remite y conecta con otro anterior, *Las sílabas del mundo* (1999) donde ya planteaba su comunión con lo pequeño y con los seres pequeños –incluidos los humanos a quienes toca el sufrimiento y la desposesión–, mostrando la vida como una travesía por un espacio que no nos pertenece, que no nos pertenece, pero podemos y debemos disfrutar, pero sin aferrarnos a lo material, ligeros de equipaje por volver a la expresión becqueriana, que luego Machado hizo tan suya en su «Retrato».

En la «Entrada» del libro, otras dos palabras resumen el contenido: «silabear» y «cantar»: cantar silabeando, he aquí el propósito del libro. Y su desarrollo comprende 95 poemas y una «Retirada», que retoma el título para cerrar el libro definitivamente: «hebras de sílabas». En la «Entrada» ya advierte el poeta que «El decir poético se nos ha terminado convirtiendo en diario y en cántico». Cada poema es una breve página de ese diario y fiel a su propósito de ir hacia lo esencial, encabezada con una o pocas palabras que desmenuza y paladea en los versos que la siguen.

Después del mudejarillo Juan de Ávila y del vallisoletano Jorge Guillén la palabra «cántico» es una palabra talismán en la poesía en lengua castellana. Si se añade un punto de ebriedad a lo Claudio Rodríguez se comienza a descifrar la receta magistral con que se ha elaborado este poemario, que decanta otros anteriores. En esas boticas aprendió el oficio. Esa es la tradición en que se inscribe.

Un cántico de criatura de este mundo desde la elementalidad más radical. Por eso se resuelve en silabeo, en balbuceo. Un camino hacia las hebras que constituyen el tejido del vivir realizado por alguien familiarizado con el mundo campesino desde niño y del que heredó palabras que rumia desde entonces para nombrarlo balbuceando.

El poeta no olvida su origen y que gracias a la educación aprendió a leer y a escribir. De aquí que ilustre su libro con páginas facsímiles de tratados sobre la escritura de Giovanni Battista Palatino, *Libro nel qual s'infegna à Scriuere ogni forte lettera…* (1548), Juan de Icíar, *Arte subtilissima, por la cual se enseña a escreuir perfectamente* (1533) y ya en la «Retirada», Pedro Díaz de Morante: *Nueua Arte, donde se destierran las ignorancias que hasta oy ha avido en enseñar a escriuir* (1915). No están ahí por un ejercicio de ostentación erudita. Están como señales de la importancia del aprendizaje de la escritura para que la palabra quede fijada y pueda llegar a otros. Y de algún modo ahí se justifican las raíces más hondas de su poética, entendida como una obligación de cantar y contar el mundo originario del poeta al que se ha sentido siempre tan vinculado. Nombrar ese mundo y sus seres, silabearlos, paladearlos una y otra vez para tratar de comprenderlos y darles voz. Ese es el reto.

Un cántico nada solipsista, al contrario, un cántico solidario porque se trata de dar voz a los silenciados, a lo pequeño: son muchos los poemas que acaban remitiendo solidariamente a la comunidad.

Indagar en el sentido de la existencia conlleva también hacerlo en las palabras con que se nombra. Solo así se comprende su tejido y su sentido. Hay que deletrear el Mundo si se quiere intentar comprenderlo y solo así se comprende la melodía de la vida: «Pertenezco a una lengua / Que me otorga el sentido / Para existir con los demás, con todos».

Estas son las trazas del libro. Lo fragmentario está en realidad profundamente conectado, armonizado. Si se comprenden bien, resulta fácil transitar por los poemas donde hay expresiones que se reiteran o se varían, porque forman parte de ese paladeo del mundo, ese aprendizaje continuado para nombrarlo y convertir su fugacidad en perennidad mediante la escritura. La voz se hace letra sin perder su sentido, al contrario, encontrándolo.

Este libro abrocha el libro de horas que constituye toda la poesía de José Luis Puerto, poeta esencialmente castellano empeñado en descubrir y escribir el sentido del mundo que lo rodea. –Jesús Rubio Jiménez.

José Luis Puerto, *Hebras de sílabas*, Madrid, Reino de Cordelia, 2025.